

JOSÉ JULIO PERLADO  
*Mi abuelo, el Premio Nobel*  
(novela)





*¿Hay alguien que lea con el propósito de conseguir algo, por deseable que ello sea? ¿Acaso no hay ciertos empeños a los que nos entregamos debido a que son buenos en sí mismos, y no hay ciertos placeres que tienen carácter definitivo? ¿No estará la lectura entre unos y otros?*

VIRGINIA WOOLF: *¿Cómo hay que leer un libro?*

*Las palabras se complacen, como los seres humanos, en vagabundear, en enamorarse a despecho de las conveniencias, en aparearse a su capricho. Como la realidad misma, tienen mil facetas, cambian y viven por el cambio. Si se las sujeta con alfileres, repliegan sus alas y mueren. Tienen horror a ser examinadas por sí mismas. Les gusta que se piense y se sienta antes de usarlas, como les gusta también sabernos inconscientes: nuestra oscuridad es su luz.*

VIRGINIA WOOLF: *The Death of the Moth*

*Los libros están hechos para ser leídos (lo cual es enojoso, pues lleva mucho tiempo); es el único modo de saber lo que contienen. Algunas tribus salvajes los comen, pero en Occidente la lectura es la única técnica de asimilación conocida. Es preciso que el lector se aisle y mantenga un «mano a mano» con el autor; y eso es lo que el falso especialista no está dispuesto a hacer.*

E.M. FORSTER: *Aspectos de la novela*



## DANTE DARNIUS, ESCRITOR

RECUERDO MUY BIEN el día en que recibimos la primera hoja en blanco de mi abuelo Dante, el escritor.

Mi abuelo se firma siempre Dante, dicen que escribe muy bien y que un día será famoso.

—¡Pero esta hoja está en blanco! —protesta mi hermana Amuhka ante mi madre.

Nos reunimos todos en la habitación. Efectivamente, la hoja está en blanco, la acercamos a la ventana, la miramos al trasluz.

—Sí, efectivamente, esta hoja está en blanco —dice mi tío Byron.

—¿Qué quiere decir esta hoja? —pregunta mi hermana Amuhka.

Hay un silencio en la familia. Dejamos la hoja sobre la mesa. Está dándole el sol.

Cuando viene Caterina, la mujer de Max, intenta explicarlo:

—Será lo que él quería escribir, pero que aún no lo ha escrito.

Nos congregamos todos para la explicación. Yo me empino, no alcanzo a entender nada.

—Debe de ser la angustia de la página en blanco —dice al fin mi madre.

—¿No la ha podido escribir? —pregunta mi hermana.

—No, no la ha podido escribir —responde mi madre.

Y luego mueve de un lado a otro la cabeza:

—No, no la ha podido escribir —vuelve a insistir lamentándolo.

—¿Y eso es malo? —quiere saber mi hermana.

—Ni es malo ni es bueno —contesta mi madre—. Simplemente eso, no la ha podido escribir.

—Entonces —pregunto yo—, ¿es que no es escritor?

Me siento en una silla. Miro esta hoja al sol.

—Sí, sí es escritor, Juan —me responde mi madre—. Pero los escritores no siempre pueden hacerlo. Lo llevan todo en la cabeza.

Me quedo algo apesadumbrado. Hay un escritor que no puede escribir. ¿No puede o no quiere? ¿Y si no sabe?, me

digo mirando la hoja en blanco. De repente, mi madre tiene una idea.

—¡Hoy le invitaremos a comer! —dice.

A las dos suena un timbrazo tímido, una pulsación en el portal. «Es él», me susurra mi hermana Amuhka nerviosa.

Cuando Dante baja de la buhardilla, tarda en entrar en el vestíbulo, tarda mucho en entrar en el salón. Yo nunca he visto a un escritor de cerca, no sé cómo es, pero oigo los ruidos del escritor limpiándose los zapatos en el felpudo, dejando el bastón en el paragüero, tosiendo, carraspeando, quitándose el abrigo, doblándolo, desenrollando su bufanda mientras sopla, preguntando dónde deja el sombrero. Entreveo que se arregla la corbata ante el espejo, le escucho toser otra vez. Luego oigo que da un paso y que se detiene en el umbral del salón. ¿Qué espera?

—Eso es que tendrá miedo escénico —murmura Caterina.

—¡Pasa, adelante! —le anima mi madre—. ¡Vamos, Dante, estamos todos aquí!

Estamos todos sentados en semicírculo, la larga mesa del comedor la hemos ampliado, hemos colocado en curva todos los platos, las fuentes vacías, las ensaladas preparadas, incluso los platos de postre esperando entre los vasos, y las botellas de vino y las tazas de café. Parece un banquete.

—¡Vamos, Dante, pasa, pasa ya! —le insiste mi madre.

Le han colocado frente a nosotros una mesita cubierta con un tapete granate, una silla del mismo color que el tapete, una jarra con agua y al lado un vaso con una servilleta de papel. Parece que fuera a dar una conferencia.

—¿Pero no come con nosotros? —pregunta mi hermana Amuhka.

—Sí, claro, ahí tiene su plato y ahí está su sitio —dice mi madre—, pero con los escritores nunca se sabe. A lo mejor nos quiere leer algo. Ya dirá él. Por eso le han puesto esa mesita aparte.

—Y entonces, ¿cuándo va a comer? —pregunto yo.

—Comerá cuando él quiera —dice mi madre—, antes o después, sólo o con nosotros. Está en su casa. —Y le llama con más fuerza—: ¿Verdad que estás en tu casa, Dante? ¡Vamos, pasa, pasa!

Entonces, muy poco a poco, va apareciendo en el umbral del salón-comedor la figura del Darnius escritor. Mi abuelo es un hombre bajito, muy delgado, con una barbita puntiaguda, los hombros un poco echados para adelante, los ojos muy vivos. Lo que más mueve son los ojos. Son unos ojos eléctricos, muy observadores. Va vestido con un traje cruzado gris oscuro. Lleva en su mano una cartera negra.

Como los jueves tenemos cocido, mi madre le pregunta si va a querer cocido.



—No, no quiero cocido. Yo ya he comido —dice el escritor.

Lo ha dicho con una voz tan suave y titubeante que apenas se le ha oído.

—Pero entonces, ¿no venías a comer? —salta mi madre.

—Sí, pero ya he comido.

Mi madre da una palmada para que Blasa empiece a servir y traiga la sopa del cocido. Pronto los grandes cucharones se sumergen en las soperas humeantes. El vaho de la sustancia del caldo del cocido casi no deja ver a Dante Darnius sentado ante la mesita en medio de la habitación, a metro y medio de nuestros platos. Ha colocado su cartera encima de la mesita, la abre y saca un montón de hojas.

—Ya te decía yo —confirma Caterina mirándole de reojo mientras toma la sopa—. El escritor nos va a leer algo.

—Dante —pregunta mi madre—, ¿nos quieres leer algo? ¿Quieres que dejemos de comer?

—No —contesta el escritor tímidamente—. Luego, luego.

Lo ha dicho con una voz tan fina que casi no se le ha escuchado bajo el barullo.

—Entonces, comamos. Sin prisa —dice mi madre—. Él sabe lo que hace.

Después de la sopa, Blasa recoge los platos amontonados y entra con las fuentes cargadas de garbanzos, las

lonchas cortadas de tocino, rojos los trozos de chorizo, negros los montículos de morcilla, rubios los rizos de verdura. Yo voy apartando el vaho del cocido caliente y miro a ver qué hace mi abuelo, el Darnius escritor. No hace nada. Nos mira comer con ojos de curiosidad. Está descubriendo cómo comemos. Como es escritor, me digo, le interesará todo. A lo mejor —pienso— nos está observando para describirlo algún día.

Cuando acabamos el postre, después del café, después de doblar las servilletas, cuando ya está todo el mantel limpio y recogidas las migas, mi madre echa un poco su silla para atrás y le dice al escritor:

—¿Vas, entonces, a leernos algo?

Entonces hay un silencio completo en este salón. Estamos como en un escenario. Es un pequeño teatro. Dante Darnius pone sus manos sobre el montón de hojas, las mira y las vuelve a mirar. ¿Qué le pasa?

Nos explica que no nos puede leer nada porque no hay nada escrito: no ha podido escribir nada. ¿Es posible? No puedo creérmelo. Entonces, ¿es que es cierto?, ¿hay escritores que no consiguen escribir?

Miramos toda la familia al escritor por si nos dice algo, por si se le ocurre algo, por si nos dice algo de lo que se le ocurre.

Al parecer, no se le ocurre nada.

O si se le ocurre no nos lo quiere decir.

—Conviene dejarlo tranquilo —murmura mi madre—.

Dante, ¿tú estás tranquilo?

—Sí, sí, yo estoy tranquilo —responde el escritor.

—Blasa, sírvele una tila a don Dante —dice mi madre.

—No, no quiero nada —dice Dante Darnius—. Sólo quiero pasar esto del pensamiento al papel —repite mientras mira angustiada la hoja en blanco.

A las cinco, como sigue sin ocurrírsele nada y continuamos todos mirándole en silencio, yo me atrevo a decir como todas las tardes:

—Ha llegado la hora de merendar.

No nos decidimos a merendar hasta que el escritor no mete otra vez sus hojas en blanco en la cartera negra, hasta que no bebe un sorbo de agua y se levanta mirándonos con sus ojos muy vivos.

—Me voy —dice tímidamente.

—¿Tampoco quieres merendar? —le pregunta mi madre.

No, tampoco quiere. Amuhka me susurra que lo único que Dante Darnius desea es escribir lo que lleva en la cabeza y que no le sale.

—Los escritores son así —dice mi madre disculpándole.

Cuando se va, de la puerta viene un aire de tristeza. Nos quedamos solos, sin el escritor, sin la imaginación.

—La imaginación se ha ido —dice mi madre—. Bueno, vamos a merendar.

Es una merienda algo triste.

Pero al jueves siguiente, cuando ya casi lo habíamos olvidado, ocurre algo insólito.

Dante Darnius viene otra vez a vernos, entra, saca de su cartera negra unas hojas en blanco y las pone sobre el tapete granate de la mesita que le hemos colocado. Ordena las hojas junto al vaso de agua y la servilleta de papel.

—¿Qué, cómo ha ido la semana? —pregunta mi madre—. ¿Has escrito mucho?

—Tengo una historia que quisiera escribir pero que no me sale —contesta Dante.

Le miramos con respeto. Yo le miro con admiración. «Ya le saldrá —le susurro a Amuhka sentada a mi lado—. Verás cómo al final le sale».

Ya voy conociendo al Dante Darnius escritor.

Entonces Dante, primero con balbuceos y luego con un poco más de decisión, mirando de reojo las hojas blancas alineadas junto al vaso de agua y como si quisiera ir pasando lo que va diciendo a la superficie del papel, poniendo todo su empeño en contarnos lo que no puede escribir, nos relata la historia que lleva en el pensamiento. Se inclina hacia adelante con su barbita puntiaguda, como si empujara a la historia con el mentón.

—Llevo tiempo —nos dice— intentando escribir la aventura del hombre que sueña, pero no consigo escribirla.

—¿Un hombre que sueña? ¡Qué emocionante! —se le escapa a Blasa boquiabierto, que enseguida se ha traído una silla de la cocina.

—¡A callar! —exclama mi madre—. ¡Tú a callar, Blasa, o te vuelves a la cocina! ¡Dejadlo que se explique!

—Se me ha ocurrido —prosigue el escritor— la historia de un hombre que sueña con un nombre, el nombre de *Yasue*, un nombre que se le aparece en su sueño y que él no sabe qué es.

Dante mira de reojo sus hojas en blanco por si la historia va pasando poco a poco al papel.

Pero no. Yo por su cara noto que no ha pasado nada.

Quisiera ayudarlo, quisiera quitarle esa preocupación.

Entonces le digo:

—¿Y qué más, Dante? ¿Qué le ocurre más a ese hombre?

—¡Chist...! —me chilla mi madre— ¡Silencio!

Le está costando mucho a Dante contarnos esta historia.

Pero poco a poco nos va confesando todo lo que no puede escribir. Lleva en la cabeza, nos dice (y Dante se señala la frente), esa historia del hombre que sueña con un nombre. Un nombre que se le aparece en el fondo del sueño, un nombre de plata, un nombre iluminado, fosforescente, *Yasue*. Un nombre de estrellas.

—¡Qué bonito! —me susurra mi hermana Amuhka apenas sin voz.

—Entonces —nos sigue diciendo Dante— lo que yo quisiera escribir es la historia de ese hombre y de ese nombre. La primera noche ese hombre sólo lee *Yasue* en el fondo del sueño, como si estuviera colgado del vacío. La segunda noche se le revela como un nombre femenino, un nombre de mujer. La tercera noche conoce que ése es un nombre japonés, que *Yasue* es el nombre de una japonesa a la que tendrá que buscar, una japonesa que le amaré, *Yasue* o *la dama del color de las cerezas precoces*.

¡Todos estamos ahora quietos, sin movernos, escuchando, sin interrumpir al escritor! ¡Pueden oírse perfectamente nuestras respiraciones!

Dante nos mira. Luego mira al papel por si se va escribiendo algo.

Nada. No se ha escrito nada.

—Entonces —nos dice Dante preocupado— lo que yo quisiera seguir contando en este papel es la historia del viaje que ese hombre empieza a hacer alrededor del mundo hasta llegar al Japón. Busca allí a *Yasue* entre las alamedas de bambú, por las avenidas de crisantemos, a lo largo de los bosques de hayas. Cada vez que ve a una mujer le pregunta: «¿Eres tú *Yasue*, *la dama del color de las cerezas precoces*?». Y cada vez cada mujer se vuelve desde su quimono azulado

o rosa púrpura y le va diciendo: «No. Yo soy la Dama del paseo de glicinas. ¿Quién eres tú?». Y la siguiente: «No, yo no soy *Yasue*. Yo soy la Dama del viento en los pinos. ¿Quién eres tú?». Y así va conociendo a la Dama de la tercera luna, a la Dama de los pensamientos morosos, a la Dama de la túnica damasquinada, a la Dama de los acordes lúgubres...

Está a punto ya de decirnos el escritor lo que va a pasar con *Yasue*, de contarnos el momento en que el hombre descubre a *Yasue*, cuando un rayo de sol entra por la ventana del comedor donde estamos y ciega los ojos de Dante Darnius, los hace chisporrotear, clava la aguja de la luz en la pupila de Dante y hace aletear sus párpados como una mariposa.

—Eso es la luz del atardecer que le está molestando —advierte Caterina—. Esa luz no le va a dejar ver ni siquiera hablar.

Efectivamente, ese rayo de sol no le deja ver. No nos ve. Dante intenta moverse en la silla y cambiar de postura, pero el rayo de sol le persigue y va con él.

Entonces, muy pacientemente y sin una palabra, el escritor mete las hojas blancas en su cartera negra, echa su silla para atrás y se levanta.

—Me voy —dice procurando huir del rayo de sol que le persigue.

—¿Cómo? —pregunta mi madre—. Pero, ¿y la historia? ¿Cómo acaba esa historia?

—No lo sé —dice Dante yendo hacia la puerta—. No consigo escribirla.

Con él se va también el rayo de sol, y tras el sol el personaje.

Cuando cierran la puerta nos quedamos pensativos. Estoy toda la semana pensando en esa historia de amor de la japonesa. Pienso el domingo, el lunes, el martes, el miércoles. El jueves me despierta mi madre:

—¡Hoy vuelve Dante a contarnos el final! —anuncia—. ¡Acaba de llamar! ¡Viene a las cinco!

Hemos comido por eso un poco antes, hemos avisado a más familia. Ha venido mi tío Byron, está Max y su mujer, Caterina Kalínin. También mi tío Alejadinho, que es arquitecto. Casi no cabemos en el comedor. Blasa lo tiene que ver todo desde la puerta de la cocina porque no tiene sitio.

A las cinco en punto suena el timbre de la puerta.

—¡Aquí está el escritor, aquí está! —susurra Amuhka muy nerviosa.

—¡Cómo no le dejéis hablar no volverá más por aquí! —nos ruega mi madre.

Entonces oímos con respeto la tos del escritor mientras avanza hacia la mesa.

Le vemos muy bien, con su barbita puntiaguda y su cartera negra. Hace un gesto con su mano derecha y deja pasar delante de él, educadamente, una figura.



Entra en nuestro comedor un quimono de seda anaranjado, un rostro empolvado, como de nieve mezclada con niebla. Entra a pasitos cortos, con un rumor de seda fruncida, y nos hace una reverencia.

—Ésta es *Yasue*, mi personaje —la presenta el escritor—. Ésta es *la dama del color de las cerezas precoces*.

Todos nos hemos levantado, toda la familia hemos correspondido a la reverencia de la japonesa.

Mi madre le dice a Blasa:

—Blasa, tienes que poner una silla más para este personaje. Acerca esa silla al lado de don Dante.

Yo me quedo mirando ese rostro de porcelana de *Yasue*, el arco de sus cejas dibujadas, el rosa de sol que se fija en sus pómulos.

Mientras habla y habla mi abuelo yo me quedo mirando a *Yasue* sentada junto al escritor, miro sus párpados color de hojas muertas, la seda delgada de su peinado. *Yasue* transmite un perfume de naranja sutil que poco a poco va llenando nuestro comedor.

—Deberíamos abrir una ventana —sugiere mi hermana.

—¡Chist! —dice mi madre emocionada.

Sí, es un perfume penetrante.

¿Es fragancia de manzana verde, de tomillo, de madera, de algas marinas? ¿Es raíz de roble, de cuero, aroma floral,

almizcle? ¿Es el olor del clavo, del pino, de la tierra mojada por la lluvia?

Siento este perfume de naranja sutil que emana de esta *dama del color de las cerezas precoces*.

Pienso.

Vuelvo a pensar.

Miro atentamente a *Yasue*.

¿Alguien puede enamorarse de un personaje?

## LA NOCHE DE LOS DARNIUS

ASÍ ESTAMOS, CON LA CASA LLENA de personajes, durante mucho tiempo.

Meses.

Años.

Yo diría que años.

Cada jueves el escritor trae a un personaje más, un personaje distinto.

—Habrá que habilitar un pabellón o ampliar la casa —le dice mi madre a mi tío Alejadinho—. A ver tú, que eres arquitecto, si se te ocurre alguna cosa.

Alejadinho empieza a pensar. Se le ve con sus planos enrollados, con sus planos extendidos, siempre pensando. Reconoce que no cabemos con tantos personajes: vienen

siempre con Dante, parece que fueran a estar sólo la tarde de los jueves pero luego intentan quedarse para toda la vida. Esto les gusta.

—Se podría separar a los personajes femeninos y a los masculinos y hacer dos edificios —dice Alejandrinho sentado en su mesa de arquitecto, calculando, con su lápiz bailando entre los dedos.

Mira a Dante por si él responde algo, pero el escritor no contesta.

—Los personajes son todos iguales, nacen mezclados —constata al fin, suavemente, el escritor. Y no añade más.

Por fin empiezan las labores de ampliación de la casa. Se tiran tabiques, se abren ventanas, se cavan zanjas. Hay tal ruido de martillos que, cuando comemos, parece que estuvieran partiendo nueces en el jardín. Uno-dos. Uno-dos. Uno-dos.

—Tendríamos que ponerle nombres a las habitaciones cuando se terminen —dice mi hermana Amuhka en la mesa.

Y mi madre pregunta:

—¿Ah sí? ¿Y qué nombre les pondrías tú?

—¿Yo? —contesta mi hermana—. Ya lo tengo pensado: la habitación vestida de Rojo, la habitación de la Cascada, la habitación de la Pesca...

—Eso es una cursilería... —murmura mi tío Byron.

—Lo importante —opina mi tío el arquitecto sirviéndose ensalada— no son los nombres, sino los cimientos, las dimensiones, el espacio.

—¡Pero los nombres son importantes! —replica Amuhka—. ¡Uno vive entre paredes toda la vida y ha de nombrar las cosas! ¡Hay que saber nombrar las cosas!

Parece furiosa. Sí, creo que está furiosa.

Hay un silencio. Oímos el tic-tac, el uno-dos de los martillos en el jardín, golpeando al otro lado de la ventana.

—Bien —dice mi madre—. Tengamos la fiesta en paz. Comamos.

Cuando están trazados ya los pasillos y encaladas y decoradas las galerías, una tarde veo a *Yasue* de lejos, que camina deprisa, deslizándose como si esquiara. Va tan veloz por los corredores como por la nieve.

Me siento enamorado de ella. A pesar de ser niño, noto algo en mí, como si estuviera enamorado de ella.

—*Yasue* —intento pararla—, ¿me dejas acompañarte?

Me pongo a su lado. Me esfuerzo por caminar a su velocidad.

—*Yasue*, ¿me escuchas?

—Yo estoy esperando al hombre que sueña —me dice deslizándose—. Yo no puedo atenderte ni hablarte ni mirarte porque estoy esperando al hombre que sueña.

Lo ha dicho levantando un poco la persiana de sus párpados, mirándome de reojo, elevando la seda de sus pestañas.

Creo que me he adelantado al amor. ¿Qué es el amor? ¿Alguien me lo ha explicado? No es lo que siento por mi madre, ni por mi hermana Amuhka. Es otra cosa. De repente, el quimono escarlata de *Yasue* gira a la izquierda, se desliza por otro corredor y temo perderla. Perderla para siempre. ¿Dónde está? ¿Ha desaparecido? Me golpea fuertemente el corazón. ¿Es eso el amor?

Me he quedado tan pensativo en esta encrucijada de corredores que apenas oigo a mi lado la voz de Dante, mi abuelo:

—Juan, ¿pero qué haces aquí?

No sé qué contestar.

—Ven, te voy a enseñar algo.

Me toma de la mano y me lleva —uno, dos, tres corredores, una, dos, tres galerías— hasta el nuevo cuarto que le ha construido mi tío Alejadinho para que piense, para ver si escribe algo.

—Siéntate —me dice.

Me siento entre redomas alambicadas como culebras de cristal, entre gases color de azafrán y de canela.

—¿Estás ahí, abuelo? —le pregunto.

Lo pregunto porque de repente ya no le veo.

—Sí, claro que estoy aquí. ¿Dónde iba a estar?

—No, es que no te veo. ¿Qué hacemos aquí?

—Esperar a la noche —oigo la voz de Dante.

Espero a la noche escuchando las tripas de las botellas hirviendo, el bullicio que arman las burbujas. El día se me hace muy largo porque no me veo la punta de los zapatos. Hay un olor a azufre, a amoníaco, a lejía ácida, pero eso es lo de menos. Lo que me preocupa es que no me veo la punta de los zapatos, pasan las horas y sigo sin verme la punta de los zapatos a causa de la niebla.

—¿Hay que esperar mucho? —le pregunto a mi abuelo—. ¿Cuánto falta?

La voz de mi abuelo viene de alguna parte, a lo mejor está delante de mí, no lo sé.

—En los experimentos siempre hay que esperar —oigo su voz—. En los inventos siempre hay que esperar. En los descubrimientos siempre hay que esperar. Esperar. Esperar. Es muy importante esperar en la vida.

Vuelvo a mirar hacia abajo, a ver si mientras espero consigo verme la punta de los zapatos. No. Nada. No los veo. Pero están ahí. Meto la mano entre la niebla, y sí, ahí están los dos zapatos, uno en cada pie, eso es una realidad.

Al fin, tras toda la espera, viene la noche.

—Ahora, fíjate bien —me dice el escritor apartando las nubes de gases y de bruma.

Hay un ventanal inmenso con el cielo duro y curvo, cuajado de estrellas. Nos acercamos lentamente a los continentes, a los países, a las ciudades. Lentamente los continentes, los países y las ciudades se acercan a nosotros.

Entonces veo en las ciudades los rascacielos en la noche, primero iluminados, luego apagados.

—Eso es Nueva York —me va explicando Dante.

Veo a los hombres y a las mujeres tumbados, horizontales, cada uno en su cama. Hay millares, millones de cuerpos acostados, cada uno en su dormitorio, cada uno en su piso, todos los pisos de los rascacielos unos debajo de los otros, todos los cuerpos tendidos. Unos tienen colocada su cabeza a la derecha y los pies a la izquierda y otros han preferido colocar su cabeza a la izquierda y los pies a la derecha.

Entonces, la ciudad va apagando todas sus ventanas, todos sus rascacielos, y los cuerpos de los dormidos también apagan poco a poco sus luces y se quedan inmóviles y horizontales, entregados al sueño.

Excepto algunos.

Sí, hay cuerpos que aún siguen encendidos.

—¿Los ves? —me dice mi abuelo.

Sí, sí que los veo. Hay uno allí, iluminado en su cama, en el piso 39 de un rascacielos de acero, queda otro cuerpo encendido en el piso 56 de un edificio de cristal, otros dos cerca de una azotea, en lo alto, no me imagino qué piso será.



Pero voy descubriendo más. Muchos. Muchos más.

—¡Mira, abuelo, aquel en aquella ventana! ¡Sigue con luz! —le señalo con el dedo—. ¡Y aquel otro, abajo, ¿lo ves?, en aquella casa! —y le voy indicando los cuerpos iluminados por toda la ciudad—. ¿Por qué no se apagan?

—Ahora los apago yo —me dice Dante.

Alarga su mano y va dando a los interruptores de los cuerpos con luz. Toca suavemente en el cerebro de cada uno y le da vuelta a la llave del sueño. Todo se va apagando, todo duerme.

—¿Pero por qué tardan tanto en apagarse? —pregunto.

—Por preocupaciones, por disgustos —me va diciendo mi abuelo mientras sigue apagando los cuerpos—. No pueden dormir porque les dan vueltas y vueltas a las cosas y creen que pensando en ellas las van a resolver.

Algunos se resisten.

Dante les tiene que dar a algunos dos y tres vueltas a la llave y hacer girar varias veces el interruptor, con suavidad y sin hacerles daño, hasta que quedan a oscuras, totalmente dormidos.

—Hay que hacerlo en el hipotálamo —me explica.

No sé lo que es el hipotálamo. «Tiene nombre de caballo», pienso. «De caballo alado». ¿Es un caballo alado?

—¿El hipotálamo es un caballo alado, abuelo? —me atrevo a preguntar.

—El hipotálamo es una parte del cerebro y el cerebro es una parte del hombre —me dice Dante mientras sigue apagando los cuerpos.

Me quedo maravillado ante esos cuerpos iluminados de cada edificio. Parecen vasijas transparentes que contienen luz, que irradian luz como barras horizontales.

—Se les desconecta el apetito, la sed, el comportamiento sexual —continúa explicándome mi abuelo conforme da a los interruptores.

«¿El comportamiento sexual?», me digo pensativo.

—Se les desconectan las sensaciones, el estímulo para despertar —sigue diciéndome Dante.

—¿Y cuando ya están desconectados?

—Cuando ya están desconectados, ¿ves?, como éste —dice girándole a uno la llave del sueño—, pues se quedan ya tranquilos, sosegados. Reposan.

Ahora veo todo Nueva York a oscuras —edificios, calles, cuerpos. Toda la ciudad duerme. Casi podría oírse la respiración de la ciudad.

Como mi abuelo ve que esta experiencia me gusta, la noche siguiente me llama a su cuarto.

—Ven, hoy iremos a África.

Enseguida nos vamos a África. Ya estamos en África.

En África la noche es muy distinta. Hay una luna de color azul, de tinte de aceituna, una luna grande de tono